

Michele Renee Salzman, *Las caídas de Roma. Crisis, resiliencia y resurgimiento en la Antigüedad tardía*, Madrid, Editorial Gredos, 2025, 576 pp. [ISBN: 978-84-2499-890-5]

Pablo Fernández-Garay
Universidad de Cantabria ✉
E-mail: pablo.fernandezgaray@unican.es

<https://dx.doi.org/10.5209/geri.108397>

En *Las caídas de Roma*, Michele Renee Salzman, profesora de la Universidad de California, Riverside, y reconocida especialista en la Antigüedad tardía, analiza las sucesivas crisis que conoció la *Urbs* desde el período constantiniano hasta el fin del dominio ostrogodo de Italia. Originalmente publicada en 2021, esta es la primera de las monografías de Salzman traducidas al español. Su título puede resultar engañoso, puesto que el estudio se centra en exclusiva en la ciudad de Roma, sin abordar el conjunto de la *pars occidentis*. Sin embargo, el subtítulo – *crisis, resiliencia y resurgimiento en la Antigüedad tardía*– resume perfectamente el objetivo de la monografía, que es analizar la capacidad de reacción de la élite senatorial ante la serie de crisis que atravesó la ciudad en el período tardoantiguo: la batalla del Puente Milvio y la ascensión al poder de Constantino, el saqueo de Roma del 410, la ocupación vándala del 455, la guerra civil del 472 y la guerra gótica (535-554). Los análisis demográficos permiten a Salzman, a lo largo de siete capítulos, relativizar el impacto de estos episodios y subrayar la constante reocupación de la ciudad por parte de la élite senatorial.

En el primer capítulo, *Enfoques sobre el destino de la ciudad tardoantigua* (pp. 11-48), se presenta el marco metodológico tras realizar un breve repaso por las diferentes tendencias historiográficas para el estudio de la Antigüedad tardía: los decadentistas, que siguen las tesis de Gibbon y cuyos exponentes más relevantes son Bryan Ward-Perkins y Peter Heather; los transformacionistas, que siguen la escuela iniciada por Peter Brown; y los defensores de un paradigma histórico mundial, como Mark Humphries (pp. 23-27). Salzman no se decanta por ninguna de ellas, y señala las posibilidades de una nueva perspectiva, cuyo elemento principal sería la “resiliencia”. Principalmente empleado en el campo de las ciencias sociales y medioambientales, este enfoque permite destacar la capacidad de actuación de las élites (“agency”), al mismo tiempo que se abordan de forma directa las crisis de la ciudad de Roma, sin reducirlas a simples procesos de transformación. A través de los referidos casos de estudio, Salzman pretende ofrecer un valioso análisis de cómo reaccionaban los romanos individual y colectivamente ante estas crisis.

En el segundo capítulo, *El pacto de Constantino* (pp. 49-106), se exponen las reformas administrativas del primer emperador cristiano que introdujeron nuevos cargos senatoriales, ya que fue en la élite aristocrática tradicional y pagana en la que encontró los principales apoyos para el nuevo régimen. Salzman subraya que los obispos fueron socios relativamente débiles, al igual que las relaciones con la sede episcopal romana fueron tensas, como atestigua la intervención de Constantino en la controversia donatista. Aun cuando los cristianos empezaron a ocupar altos cargos en el Estado, “el factor fundamental para que el emperador los ascendiera fue que también ellos pertenecían a familias ricas, venerables y establecidas” (p. 74).

En el tercer capítulo, *Reacciones al saqueo de Roma del año 410* (pp. 107-158), la historiadora estadounidense analiza el papel del Senado en los acontecimientos en torno al saqueo de Alarico, a los que se acostumbra a prestar poca atención, al darse por supuesto que para entonces la institución ya no desempeñaba ningún papel relevante. En sentido contrario, por ejemplo, se puede citar la embajada enviada por el Senado en el 409 a la corte de Honorio, o la elevación a la púrpura del senador Átalo, que precisamente había formado parte de dicha misión diplomática. En todo caso, el resurgimiento de la ciudad tras el saqueo godo fue rápido y respondió, apunta Salzman, a la dinámica de competición por el poder entre generales, cortesanos y senadores aristocráticos que se estableció durante los reinados de Honorio y Valentiniano III (p. 120). El establecimiento de vínculos con la aristocracia senatorial conservó toda su importancia, como testimonia la correspondencia entre Constancio y el prefecto Símaco –motivada por la conflictiva elección episcopal en Roma entre Eulalio y Bonifacio– o el hecho de que tras el 410 solo se tenga constancia de estatuas levantadas en el Foro en honor de aristócratas y generales aristócratas (y ninguna a un emperador): Petronio Máximo, Constancio y Aecio (pp. 130-131).

En el cuarto capítulo, *Roma después de la ocupación de los vándalos en el 455* (pp. 159-204), se estudian las consecuencias del fin de la dinastía teodosiana en la *pars occidentis*, y especialmente, en la ciudad de Roma, en donde había residido de forma permanente Valentiniano III durante gran parte de la segunda mitad de su reinado. Con el fin del importante mecenazgo del nieto de Teodosio I, el papado se vio claramente debilitado, y su dependencia de las élites civiles aumentó drásticamente (p. 203). El obispo de Roma adoptó plenamente las formas de patrocinio propias de la élite aristocrática; en este sentido se interpreta la restitución a las iglesias por parte de León I de los objetos de plata previamente saqueados por los vándalos. Por otro lado, Salzman sostiene que, a pesar de que la población disminuyó considerablemente (entre veinte y cuarenta mil rehenes pudieron ser llevados hasta Cartago, como fue el caso de la esposa y las hijas de Valentiniano III), las élites políticas, sociales y religiosas regresaron a Roma durante la década posterior. La colaboración con los generales y el emperador para la reconstrucción de la ciudad ofrecía nuevas oportunidades económicas y políticas para la aristocracia senatorial.

En el quinto capítulo, *Por qué Gibbon no tenía razón* (pp. 205-246), la autora se detiene a considerar la crisis que inició en el 470 y culminó con la guerra civil del 472, entre Antemio y Ricimero, que fue “[para un romano que viviera en Occidente] posiblemente la ‘caída de Roma’ más devastadora del siglo V” (p. 205). Estima esta fecha más significativa que la del 476 y, en este sentido, se explica el título del capítulo, puesto que concluye Salzman, en contra de la opinión de Gibbon (y del conde Marcelino), que “la desaparición del emperador occidental residente no significó el ‘declive y caída del Imperio Romano’ para los habitantes de la ciudad” (p. 244). Los aristócratas se vieron plenamente inmersos en este *civillis furor*, en palabras del papa Gelasio, ya fuese tomando partido por Antemio o por Ricimero. Se ha señalado que esta división podría responder a la existente entre el partido de los Anicios y el de los Decios, aunque Salzman adhiere al cuestionamiento que realizó Alan Cameron de la tesis que contraponen políticamente a ambas familias aristocráticas. Pese a la gravedad del conflicto, muchos senadores terminaron regresando a la ciudad y colaboraron activamente con el Estado, con motivo de la proclamación como emperador de Anicio Olibrio, aristócrata y esposo de la hija menor de Valentiniano III. La aristocracia senatorial irá disminuyendo en número, pero conservará su importancia y aún aumentará su influencia en época de Odoacro, incluido en el seno de la Iglesia, como atestigua el recurso del papa Félix III a laicos aristócratas para defender sus postulados en el contexto del cisma acaciano.

En el capítulo sexto, *La caída de la Roma ostrogoda y la reconstrucción de Justiniano* (pp. 247-300), Salzman insiste en la continuidad de la influencia senatorial en la administración ostrogoda. Prueba de ello es la destacada carrera de Casiodoro, quien precisamente refiere que Teodorico siguió el consejo del emperador Anastasio de “amar al Senado” (Cass. Var. 1.1.3). De igual manera y, en parte, como consecuencia del arrianismo de los monarcas ostrogodos, el influjo de los aristócratas sobre los asuntos religiosos no hizo más que aumentar, como demuestra el cisma laurentino (p. 257). Señala, además, Salzman los estragos de la guerra gótica, que devastó las fortunas de muchos senadores italo-romanos. La propia ciudad de Roma fue arrasada, y Narsés

se la encontró medio destruida al entrar en el 552 con las tropas bizantinas. Muchos de estos senadores abandonaron la ciudad y se refugiaron en Constantinopla, desde donde Justiniano promulgaría una legislación que, si bien les permitía recuperar sus propiedades en Italia, limitaba considerablemente su capacidad de influencia en el gobierno. Para asentar el dominio bizantino de Italia, Justiniano pretendía “aumentar la influencia cívica de los obispos y las élites locales en detrimento de los administradores o senadores que ocupaban esos cargos” (pp. 282-287).

En el último capítulo, *La desaparición del Senado* (pp. 301-333), se ahonda en las repercusiones de la presencia militar bizantina. En el nuevo modelo de gobierno, un exarca ejercía la administración de Italia y Roma mediante funcionarios civiles propios y asumía la dirección de la defensa urbana a través de un *magister militum* (p. 309). El traslado del centro de poder a Rávena, la reducción de los cargos y la prolongación de los mandatos, junto con la preferencia por hombres de origen oriental, limitaron de forma significativa las oportunidades de los senadores italo-romanos. Según Salzman, la ausencia de una política de renovación de la clase senatorial occidental respondió a una deliberada política del emperador oriental, sin que ello supusiera la pérdida de relevancia del sistema de rangos, como evidencia la correspondencia del papa Gregorio I (pp. 313-316). La mayor parte de los senadores terminaron abandonando Roma y, de hecho, de los treinta y seis miembros de la élite senatorial que se identifican en la correspondencia del papa Gregorio, tan solo tres residían en Roma (p. 318). Señala Salzman que, por tanto, no fue la influencia de los obispos la que socavó la de los aristócratas, sino que aquellos se vieron obligados a suplir ante el servicio imperial las obligaciones cívicas que estos ya no podían asumir. El dominio bizantino de Italia supone el término de la presente monografía, ya que propició el desvanecimiento de “la resiliencia que había caracterizado la vida política de los aristócratas romanos y los había impulsado a volver [a Roma] para disputarse los cargos y tomar la iniciativa cívica” (p. 332). En torno al 630, el edificio del Senado pierde definitivamente su función y se consagra como iglesia dedicada a san Adriano.

La obra que reseñamos se acompaña de unos útiles cuadros con los titulares de los principales cargos de gobierno durante el período estudiado por Salzman. Sin embargo, entre los relativos a los gobiernos de Honorio y de Ávito, echamos en falta los del reinado de Valentiniano III, uno de los más prolongados, cuya inclusión habría complementado lo expuesto en los capítulos tercero y, en especial, cuarto. Dejando esto de lado, el trabajo está sólidamente documentado y cuenta con una amplia bibliografía. La monografía de Salzman constituye, en definitiva, una contribución imprescindible para comprender las nuevas perspectivas que se abren en el estudio de la Roma tardoantigua, particularmente en lo relativo a la cultura urbana, la evolución de la aristocracia senatorial y el papel del obispo en la Antigüedad tardía.